

Tanta ausencia y tanto olvido (La poesía de Antonio María Flórez)

ADALBERTO AGUDELO DUQUE

*Escritor. Licenciado en Idiomas Modernos
y Literatura U. de Caldas*

En algún capítulo de *El Señor de los anillos* uno de los personajes tiene que pasar al reino de los Elfos por un puente. Va con los ojos vendados. Debe subir al cielo mientras la tierra abajo obnubila los sentidos con todos los tonos de la naturaleza y especialmente con la voz de una doncella que canta y cuenta la historia de Loth Lorien. De manera sutil Gimli cree en el puente porque sabe que más allá, más arriba hay otros mundos. Superado el primer miedo, percibe paz, armonía, esperanza; esto es, percibe la belleza como una forma de conocimiento y comienza a ser otro. Más adelante, en la misma narración, aparece Tom Bombadil, extraño personaje que conversa con los animales y las plantas. Y dialoga cantando. Habla cantando. Narra sus historias cantando. Y cada canto es la memoria de seres del cielo y la tierra, de animales y árboles, de hombres antiguos y nuevos. Para Tolkien, Tom Bombadil es otro poeta capaz de alterar el curso de la naturaleza pues detiene su marcha para escucharlo. Tal referencia nos remite sin duda a Orfeo, no por el hechizo del canto o de la flauta sino porque encarna al poeta, ese ser capaz de oír el río y, al mismo tiempo que amanuense de su canto, asume su oficio como vínculo entre el cielo y la tierra, el hombre y los dioses, el presente y el pasado, el rostro visible en el espejo y el monstruo o los monstruos que merodean adentro en la

inconciencia. Además, Tolkien recupera con Tom Bombadil el epos, la palabra, el discurso, el verso, no como formas cumplidas de la función estética de las lenguas sino como el canto que está implícito, es decir, La Épica, esa crónica antigua de los pueblos más primitivos.

Este trípode significativo estructura toda la obra poética de Antonio María Flórez:

Primero, descubre que el poeta ve por la punta del lápiz y concibe el poema como un espejo en el cual cada quien se mira y nota, conoce, que la poesía es una puerta al interior del hombre, una de las muchas entradas que nos descubren ese conocimiento primario que es la belleza. Aprehende la poesía como percepción y entiende que toda percepción es conocimiento. Y así percibe, conoce, el dolor del hombre: un dolor espejo, inhumano, profundo, monstruoso: ausencia, silencio, cenizas, encuentro, hotel, mar y ola. Cuerpos deshabitados. De nada valen ya las plegarias. Cuerpos huídos y desterrados. Barcos en ruinas. El tiempo que sabe a fuga es muy triste. Vivir es lo que nos hace daño. Y el destino final,

...sé lo que serás.

Corazón de piedra...

sentencia sin esperanza de redención dictada al hijo que escucha en el silencio de un

diálogo imposible en la oscuridad de una alcoba. Y si el poema es un espejo en el cual cada quien se mira, yo siento la inmensidad del dolor en la poesía de Antonio. Asumo la soledad de su viaje y la desventura de sus hallazgos: desesperanza, sueños rotos, cansancio, asfixia. También a mí me duelen los zapatos rotos, de cierta manera inútiles en el trasiego por una ciudad que no es: cambiante, mutable y mutada, sin memoria y sin historia; pues la ciudad, como el conocimiento y la poesía, no es, se hace y se deshace, no permanece.

En Antonio María Flórez, la ciudad es el punto de llegada y de partida de una búsqueda que empieza con *El tríptico de Buenos Aires* ¿y termina? *En las Fronteras del miedo* después de atravesar estaciones infructuosas -¿simples ejercicios retóricos?- en el país de la poesía *light*, los poemas tontos y las torerías. Como el urbanita moderno “...no sabe que salió y ya llegó...”¹, que el punto de mira es esa puerta que traspuso. Aquí se hermana con Ulises: el poeta navega por las calles, deambula, es transeúnte, habitante que no es, que no se pertenece y no le pertenece y sin embargo “le pasan” todas las aventuras posibles,

... porque muchas cosas pueden pasar
cuando vas por la calle.

el encuentro con Polifemo, ese ser escabroso y anónimo que mira por el solo ojo de la soledad; las tentaciones de Circe en cualquier taberna; el remolino de Caribdis en las estaciones de metro, tren o autobús. En fin, por este poema único, extendido, épico, transitan como fantasmas significadores las sombras de Penélope, Nausica, Telémaco. En ese mar que se marea a pie abarloando los zapatos en los norayes de las cafeterías, no es fácil el regreso. Si Odiseo es naufragado en las profundidades del mar por la ira

despiadada de Poseidón, el poeta vuelve a la Ítaca de su alcoba con toda la carga de sensaciones, memorias, angustias, ascos: ausencia. Nada. Nadie. Qué asfixia. Nada de nada en la ciudad. No ciudad en fin solitaria y ya sin habitantes. Ciudad sin nadie ni nada. Miro los ojos de la muchedumbre sin detenerme en la duda o la tristeza. Tomo tu rostro anónimo y roto de soledad. Para esta noche un tango de buzos en los hoteles del vino. ¿Quién busca en la oscuridad de la noche? Pero ineludible e ineluctablemente regresa a Ítaca, la Manizales que lo marca según coordenadas precisas,

... Mañana podré buscarme
nuevamente
en otra ciudad
de puertas abiertas
y calles sin memoria
donde probablemente
seguirá creciendo
el olvido
bajo la nieve dormida
de sus montañas...
... Después tu memoria
caerá en un charco
y dirás que Ítaca
es un lejano puerto
al que nunca se puede llegar...

Segundo, Antonio María Flórez “ve” que la palabra es ese puente tolkieniano desde el cual se escuchan otros sonidos, más significados, diferentes imágenes y nuevas formas inasibles e inusuales para idénticos vocablos. Es probable que esto pase con todos los poetas, pero en Antonio la sencillez del lenguaje es una técnica ya depurada. Usa las mismas palabras del camarero, el vendedor de confites y cigarrillos, el botones en los hoteles, el contertulio casual en los bares y las estaciones. Incluso la brevedad de los textos y las líneas que caen a lo largo de la página tienen una intención: son ventanas abiertas para mirar significados ocultos en las entrañas, no solo de las voces en sí mismas sino de quienes las pronuncian. Y sobre todo, pone la ciudad bajo los pies del lector

¹ DELGADO, Manuel: *El animal público*. Anagrama, Barcelona, 1999.

como una invitación a hacerla suya, conocerla, violarla en cierto sentido, caminarla, poseerla hasta las fronteras liminales donde están tendidos todos los puentes y abiertas todas las puertas a realidades, historias y dramas insospechados. Y se encuentra con los transeúntes, seres sin rostro y sin destino, desplazados del paraíso que van sin ir, que vienen sin saber que ya llegaron a su meta y su destino, a esas fronteras del miedo transmutados en “personas” invisibles y que viven en trance en el doble sentido de que no están pero van a alguna parte, transitando entre estaciones. Y que también por dentro están en tránsito: miedos, obsesiones, pasiones «transitan» por los linderos entre lo real y lo absurdo; lo permitido y lo ilegal; el sueño y la pesadilla; la ceniza y la llama,

...confuso caminar...

Y el bar para el encuentro de las sin-nombre y ojos de mar siempre sonrientes porque allí la gente espera a la gente sólo para mirarla,

*... Hay un bar en mi pueblo
lleno de risas, acordes y rosas,
donde todos los días espero
a que ella llegue con el viento
para hablarle del mar
y los sueños que sueño ...*

Y ahí, en el bar, descubre con todos y por todos, que el amor no existe,

*... el amor es una estafa.
...
No ha sido abril bueno
para el amor,
y peor será mayo
para mis pies ...*

¿Y a quién le habla? ¿Con quién se comunica? Con los únicos cómplices posibles: un café, el periódico, un cigarrillo, el camarero. Y entonces nota, aprehende, conoce,

la inutilidad de la espera en la mujer de ojos tristes y se pregunta con ella,

*¿Por qué malgastamos el tiempo?
¿A qué tantas palabras confusas?
¿Qué quiero?
¿Adónde lleva este sendero...?*

Y responde con ella y para ella: a ese lugar al que se llega solo para captar el momento de una mirada.

El tercer pie de apoyo es la pregunta por los orígenes. Preguntas sin respuestas, Antonio hace tránsito entre los paraísos perdidos, los mitos y los ancestros. Si Gimli escucha la voz de Nimroed y en su más remoto pasado ve su propio rostro en el estanque en el cual se reconocieron los fundadores de su stirpe, Antonio ve el paraíso como ese lugar mítico -y místico- del que proceden todos los desplazados, no de las guerras que sería el lugar común sino la humanidad misma desterrada, transterrada, desolada y sola, sin fe y sin esperanza que se inxilió y exilió en las sombras de los tugurios y las márgenes; en los confines de las fronteras; entre el miedo, la angustia y el cansancio de las calles, las avenidas y los bulevares. Ciudades clandestinas donde la muerte es la única esperanza,

*... hoy también murió
el basuriego de Olivares,
el rata de la 19
y el basuquero de la galería ...*

Y entonces, el poeta, que yo soy en la lectura, conoce el dolor más profundo, la infancia perdida entre pájaros enjaulados; el alfabeto de las hormigas; las pesadillas de las gatas; el vértigo de los columpios. Y declara que:

*Mi madre
me daba besos
y mi padre libros;
así se me iba la infancia,
navegando en sueños.*

Y:

*...que quede constancia señor juez,
que esta tierra nunca ha sido mía,
pero en ella he sido niño, columbia,
sueño, huella, raíz, estiércol y gladiolo...*

Y más allá de la infancia, la construcción libro a libro de su cultura personal. Por estas páginas desfilan cantantes de rock, poetas, novelistas, amigos. Y los sitios imaginarios de las microtribus urbanas como Avalon, Ítaca, Woodstock. Avalon es al mismo tiempo la Cólquide de los Argonautas y la ciudad imaginada por la saga de los caballeros medievales. Síntesis de todas las ciudades, regreso al origen mítico y proyección a la urbe actual, Avalon "es" la ciudad con sus miserias, especialmente la miseria del dolor por la muchacha que nunca llega pues a este bar que tiende el puente entre La Historia y La Cultura llegan los habitantes de la tierra, urbanitas exhaustos, extraviados de los caminos,

*...todos,
todos,
menos tú,
muchacha de ojos marinos...*

Pero es en *Metro línea 1*, el texto en el cual es más evidente el viaje a los orígenes: el cante jondo, las coplas y las bulerías «sueñan» aquí en las repeticiones rítmicas y monocordes: bajo bajo, la miro miro, me ve me ve; y luego luego los libros leídos y los sedimentos de los grupos de rock que salen a flote por la pesadilla, el sueño o la escritura. Antonio baja, y no es consciente, a las profundidades del infierno donde se hermana con Eurídice y Orfeo en el mismo destino,

*"Bajo.
Bajo.
Y sigo bajando.
Y más abajo el andén casi vacío.
...
pero todos ansiando*

*que la ciudad desde su entraña
nos abra su negra boca inmensa...*

Y de pronto se conjura el tedio de la callada espera,

*... Thron. Thron. Thron.
Ya viene el tren
...Thron. Thron. Thron.
...
La miro,
miro;
me ve,
me ve.
...
Thron. Thron. Thron...*

Eurídice bosteza, duerme; lo mira mira, la ve la ve; y al propio tiempo que el tren thron thron baja baja al fondo de la tierra, ella también viaja a las profundidades del sueño,

*La miro,
miro;
me ve,
me ve.
Toca su boca roja...*

Thron thron, se ven bajar el tren, la dama y el poeta a esa estación que seguramente abrirá una puerta para no verse verse, jamás jamás. Pero si Orfeo se acompañaba de la flauta, Antonio se vale aquí de un recurso impresionante: la banda sonora con que acompaña las líneas, aviva el ritmo para la sinestesia total. Si los versos y las palabras se oyen caer a lo largo de las páginas para ratificar el viaje -la caída- el *thron thron* acústico arrulla, adormece, hipnotiza, procura el sueño o la pesadilla. La ve la ve, toca su boca roja y muerde sus dedos largos y se ven los olores de los túneles con el antillano que vende cigarrillos de contrabando.

Pero la palabra orígenes plantea otras preguntas. Quién soy, de dónde vengo, para dónde voy. Sí. Antonio tuvo padres, una

infancia, un lugar en el mundo donde fue
arrullado, amamantado, abrasado en el
fuego de la ternura. Se sabe ahí en la vida. Es
como mínimo testigo de su propia exis-
tencia,

*...¿Cambiar el mundo
o cambiamos nosotros?*

*...
...este confuso caminar de la memoria... ,
...
Y me recuesto sobre el asfalto
ebrio de dudas...*

*...
¿...fuimos alguna cosa...? ,
...
¿seremos alguna otra...?*

¿Y cuál es la utilidad de ese estar ahí, de
ser y de existir cronizando su paso por el
tiempo y sobre todo el paso del otro o de
los otros? Como Jasón, marea en busca de
la herencia vital, ese Vellochino de oro que
da razón y destino a la parentela y el entor-
no geográfico y legitima todos los viajes al
interior oscuro y misterioso del hombre.
Allí donde tocan los Argonautas se erige
una bandera y la conciencia corre los lími-
tes, coloniza y cultiva la identidad del poe-
ta, es decir, Antonio personifica aquí, en su
obra extendida, al urbanita moderno que ya
no necesita de los dioses y construye una
patria universal: Madrid, Barcelona, Bogotá,
Porto Alegre, Buenos Aires, Manizales,
Panamá, Kingston, San Juan, Lisboa, Cadiz,
París... Como se ve, muchas ciudades y un
solo destino en el corazón y la cabeza. Un
mapa con la X que marca ese lugar mítico
donde los amigos se llaman Joses, Jeros,
Carlos, Jesuses, Ricardos, Pedros, Casis,
Lorenzos y Santiagos. Y también Martas,
Marías, Chelos, Evas, Nieves y Mares.

...Salí a la calle y entré en un bar...,

es decir, Avalon, a donde llegan

*...viejos y jóvenes,
ricos y pobres,*

*naturales y extranjeros,
funcionarios y políticos,
comerciantes y tratantes,
profesores y estudiantes,
alcohólicos y abstemios,
hábiles y torpes,
iluminados y oscuros...*

Invierno e infierno en esta isla anhela-
da de los Argonautas, todos los joses y jesuses
son naufragos en un mar de olas negras. Y
concluye,

... Aquí habría un hombre...

*...
Una gris manera
de respirar y caminar,
van siendo sus señas de identidad...*

Bitácora de vuelo o Diario de a bordo,
la obra de Antonio María Flórez apunta la
brújula en tres direcciones: con la lámpara
de la poesía busca un hombre entre la multi-
tud, como quien dice, busca su propio rostro
en todos los rostros y sigue su rastro en los
rastros del otro. Ya le duelen las suelas de
los zapatos, gastadas, exhaustas, ahítas de
pavimentos y asfaltos pero sabe que en las
fronteras del miedo está él en los otros, en
todos los que también se buscan sin encon-
trarse, extraviados, disueltos en la muche-
dumbre, agobiados de paisajes,

*...el tiempo que fluye
y no avanza se vuelve
paisaje oceánico...*

afirma en el colmo de la fatiga y la rutina.
Jinetes indecisos que se preguntan por el
camino a seguir. Víctimas del tiempo se pre-
cipitan sobre los relojes,

... piensan demasiado, sienten muy poco...

y buscan lo que está prohibido,

... mucho alcohol, mucha heroína...

Y otra vez aquí se vale de las bandas sonoras que acompañan sus textos: cuerdas de guitarras, bajos y baterías; y las voces de Elliot Murphy, John Cale, Kevin Ayers, Leonard Cohen... Sabe con toda certeza que rock y ciudad son conceptos inseparables.

Esa búsqueda incesante es infructuosa. En las largas correrías por las calles y las avenidas, los hoteles y las estaciones de las ciudades que ama y conoce no hay un espejo para encontrarse en el otro o con el otro. Su gran tragedia es percibir -aprehender, conocer- que el único hombre objeto de su peregrinaje se llama Jose, Jero, Pedro. O Marta, María, Eva o Mar. Personas -o personajes- que siempre esperan algo, a alguien, en alguna parte, pues en sus poemas siempre hay gente que espera,

*... Los semáforos atrapan
todos los amarillos
posibles de la espera... ,*

*...
¿de qué sirve el verso en la voz
de un poeta que espera...?*

A veces encuentra al hombre, El Hombre verdadero en la humanidad de un pasajero de la noche, fétido, inhumano, perseguido, exiliado, deshabitado de sí mismo, sin nombre y sin número en las estadísticas, ausente en su interior, vacío de recuerdos, sueños o pasados, sin raíces ni destino, simplemente brotado de la tierra,

*... por el trabajo, saben, por el dinero:
soy limosnero en el Parque Nacional...*

Y al fin de cuentas, la única certeza, el único hallazgo memorable, registrable,

*... la muerte, esa que es y no es, la
muerte, esa que espera con la misma pa-
ciencia de hace siglos...*

Esa estupidez de la noche que se bebe de un solo sorbo entre los campesinos deshabitados del paraíso y empujados a las fronte-

ras del miedo donde ya no tienen la promesa del surco, la fe de la siembra, la esperanza del fruto, la certeza de la cosecha. La muerte no es ninguna mentira, afirma, pues sabe que oscuros y siniestros escuadrones rondan los campos, los villorrios y las ciudades,

*... Muchos hombres ahora caminan
en oscuros escuadrones
por los montes, por los suburbios,
preparando sus fusiles y las bombas,
enterrando las minas,
... al acecho del oro y las conciencias... ,
...
...El sendero está plagado de alimañas,
de enemigos sin nombre y sin rostro...*

Igual en Colombia que en Bosnia, en Liberia que en Siria, en Irak que en Kazajistán circulan por los linderos hordas de asesinos sembrando de ausencias los países, desapareciendo los vivos y los muertos. Antonio descubre, anota, que los desaparecidos “viven” por ahí en los cementerios clandestinos y las calles del cartucho, en los sopladeros y los prostíbulos. Pasajeros de la noche, habitantes de ciudades enteras, prisioneros del olvido. El olvido de todo y de todos: los estados, las iglesias, los amigos, las familias.

Es obvio que este peregrinaje absurdo asfixie, fatigue, hastíe. Y entonces cambia el magnetismo de la brújula que apunta ahora a su interior, al hombre que marea sangre adentro hasta su propio infierno, su origen y destino, la inutilidad de su poesía y, más allá de eso, a su ausencia, la ausencia que es en su cuerpo, la entidad que no está ahí y debería estar. Y se encuentra como un barco deshabitado, vencido, en ruinas. Como un hombre que simplemente llora por los rincones; que tiene miedo de cruzar la puerta del apartamento y que, en el puente de mando avizora el horizonte y no ve lugar para extender la fatiga. Solo la duda y el fracaso, las penas y los odios, las derrotas y el abandono, la incertidumbre y la desolación.

*... cómo se nos muere aquello que
[anhelamos...,*

se queja. Y dice otra vez:

... tengo miedo...

pues entiende que

*... la palabra hendida, el vacío de la
[muerte...*

son las únicas formas de redención y consuelo. No es nada, nadie.

*En la calle
¿quién recuerda mi nombre
o el color de mis zapatos?*

Pero metáfora, parábola o mensaje descifrado, los textos de Antonio proponen una paradoja: el hombre, la humanidad, se pasa la vida buscando aquello que cree haber perdido y al cabo, a punto de morir, encuentra todo lo que no buscó y era necesario. La obsesión por el símil que iguala ciudad y mar es evidente en la imagen del marinero en tierra firme. Ese mar que resuena en la noche inagotable. Sueña con un camino disipado que lo lleve más allá del mar. ¿A dónde? A la ciudad y el mar. A ese lugar donde el límite no tiene forma, la luna esperándolo en el puerto. Y va despacio, buscándola en el puerto.

*... ciudad y mar, mar y ola, abarload los
[zapatos, este barco en ruinas....*

Un amor en cada puerto, bar, estación de tren o metro, hoteles y moteles, cafeterías y centros comerciales, lugares de llegada y de salida donde descubre -encuentra- que la mujer es también una estación de paso.

*... te he amado una y tantas veces... ,
...
buscando el amor en los bares que
[frecuento... ,*

...

*...asombrado de esperar a que llegue
el amor y nunca llegue...»*

Perdió el amor y busca una mujer para redimirlo. Una mujer además irreconocible, inasible, ilegible, apenas un recuerdo, una anotación de los sentidos para saber, rememorar, las líneas de tránsito. Cerca ya del hallazgo, tiene miedo, no la reconoce, no es, no está en el bar, la estación de metro o el supermercado. Una mujer con rasgos físicos inalterables: ojos verdes de mar y piel brillante y líquida que va perdiendo el nombre en todas las mujeres que seduce hasta convertirse simplemente en “ella”.

*... está sola, no está, no hay nadie,
[todos se han ido...*

imagen cruel y absoluta de la soledad pues si ella no está ya no hay nadie. Y otra vez marea a pie, trastabilla, cae, desembarca en otros puertos donde tal vez, algún día, quién sabe, se tope frente a frente con esa

... la sinnombre y ojos de mar...

En mi opinión, Antonio no ha publicado cuatro o cinco libros de poesía. Solo ha hecho uno. Épico. Extendido. Universal. La brevedad de los textos y los volúmenes no darían para afirmar que los títulos «son un libro». Son sí, etapas en la construcción de esa obra formidable que consiste en sentenciar que la poesía es esperanza, promesa de descanso y redención. En este caso, intentos muy bien logrados para someter esa arpía arisca, y a veces venenosa, que es la palabra pues un poeta capaz de sentir el dolor del hombre y transmitirlo, es un gran poeta. Un poeta capaz de transcribir la asfixia mecánica del prófugo ajusticiado en las fronteras del miedo y que no cae en la literatura pancartista y protestataria, es un gran poeta. Uno muy grande. Eso es Antonio.

